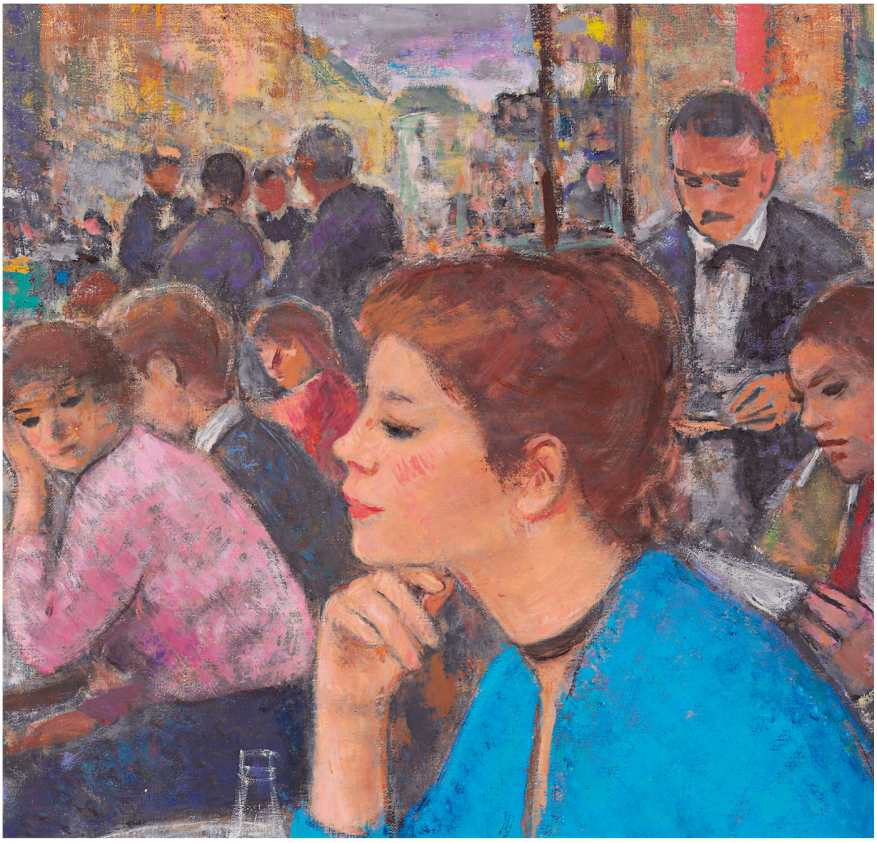


Luis Mateo Díez

Los desayunos del Café Borenes



Galaxia Gutenberg

LUIS MATEO DÍEZ

Los desayunos del Café Borenes

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: septiembre 2015

© Luis Mateo Díez, 2015
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2015

Preimpresión: Maria García
Impresión y encuadernación: RODESA
Depósito legal: DL B 17388-2015
ISBN Galaxia Gutenberg: 978-84-16252-84-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares,
a parte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español
de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta
obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

Para Pilar Becerril, por los desayunos.
Para Jaime D. Álvarez, por la composición
y los retales

LOS DESAYUNOS DEL CAFÉ BORENES

(Un opúsculo)

I

Cuando Angel Ganizo escribía una novela siempre había un momento en que se le iba la olla o, al menos, ésa era la sensación que acababa por apoderarse de él.

–Tengo un poco perdida la cabeza… –solía reconocer, como una confidencia un tanto trémula– y según se desenvuelve la trama, se me pierde la idea. No sé si voy a extraviarme para tirar de nuevo los folios al cesto de los papeles, o la perdición es la justa recompensa de la ficción desencaminada.

La idea tenía mucho que ver para Angel Ganizo, no ya con el fulgor originario que justificaba la ocurrencia y el sentido de la novela que estaba escribiendo, sino también con las convicciones que sustentaban su condición de narrador, probablemente no demasiadas, pero sí bastante estrictas.

Sabía Angel Ganizo que no es lo mismo que una idea se desvanezca mientras la coges por los pelos a que un personaje se te vaya de las manos, lo que también le sucedía, y es que todo personaje que se precie de su condición de tal se va en alguna medida,

y algo muy distinto resulta el que tus palabras emborronen tus pensamientos, y éstos de pronto no tengan donde agarrarse o se cuelguen del gancho más cercano, con parecida improvisación a la del funambulista que se retuerce para no perder el equilibrio.

–Se te va la olla… –le decía su primo Cosme, que desde su separación matrimonial venía a comer a casa todos los domingos, y era como una mosca remolona que siempre incidía en lo que más puede molestar– porque nunca tuviste la cabeza como es debido, en el sitio en el que mejor puede peinarse.

El que un personaje se te vaya de las manos constituye casi siempre, como muy bien sabía Angel Ganizo, un logro notable, relacionado con la riqueza de unas vidas imaginarias que, por su propia complejidad, misterio o extrañeza, se le escapan a quien las ha inventado, suponiendo así una conquista ambigua pero poderosa, ambivalente y oscura, en el ámbito de lo ajeno. A fin de cuentas, es más grave olvidarse de un familiar, no ya dándolo por desaparecido sino por inexistente y, peor aún, si de un familiar de primer grado se trata.

–Cualquiera que no sea Cosme… –pensaba Angel Ganizo–, a quien mejor daría por extinto que por desaparecido. La familia es un asunto oscuro y confuso, no me cabe la menor duda.

Lo cierto es que poco a poco desde hacía ya demasiado tiempo, como un efecto exagerado de esa disipa-

ción que motivaba el agujero en la cabeza, más reiterado que nunca, el desánimo contagiaba el extravío de Angel Ganizo y durante muchos días abandonaba la novela y evitaba cualquier comparencia pública. Los personajes no lo consolaban, cuando hasta la trama parecía haberse desentendido de ellos, lo que resultaba descorazonador. Los personajes se quedaban quietos, impávidos, como el que llega a la vuelta de la esquina y se detiene indeciso, aguardando a que alguien le avise para cruzarla.

Angel Ganizo recibía continuas invitaciones para dar conferencias, y lo habitual era que le requiriesen para hablar de su obra, de su concepción del arte narrativo o, como apostillaba el menos mirado de sus tres hijos, del potingue con que embadurnas los papeles o fundes la pantalla del ordenador, donde tantas veces pierdes lo que más te gusta de lo que escribes.

El novelista, nada ajeno a lo que su malévolo hijo le advertía, tenía la pesarosa sensación de echar a veces en sus conferencias el cuarto a espadas del literato que indaga sin reserva en lo que ya huele al sopor de su propia identidad creativa, una suerte de sudor corporal que llegaba a desagradarle. Esa deriva del novelista apesadumbrado de expresarse no ya como un profesor, casi como un profesorcete o un profesorcillo. En la tarima, o en la tribuna, con poco aprecio de sí mismo y más desaliento que otra cosa, sin haber

superado el miedo escénico, embutido de *sumiales*, y con la paralela olla perdida que le había sacado de la novela, contribuyendo a incrementar la perplejidad y el desconcierto, sin que fuera el mejor camino para organizarse, que siempre era el mayor aliciente de su voluntad, una suerte de ideal entresoñado que se correspondía muy bien con la herencia de su desorganizada juventud, y no digamos de lo que pudo haber sido una adolescencia alborotada, que prácticamente les costó la vida, al menos en lo que a tranquilidad se refiere, a sus atribulados progenitores.

–Con uno tuvimos suficiente… –certificaba lacónico su padre, muy aficionado a los cuentos de terror, y que tenía en casa al protagonista del peor de los que hubiera leído–. Uno con manos de estrangulador y caninos prominente. Echarnos la mano al cuello fue su mayor ilusión filial, antes de hacerse novelista.

No era sólo su maledicente hijo quien hacía comentarios en esa esfera familiar, donde Angel Ganizo disimulaba mal los desnortamientos, o el averiado humor a la vuelta de sus conferencias.

–Se te ve desorientado… –escuchaba alguna vez, con cariñosa sorna.

–No te habrás ido por los codos… –presumía alguien, aventurando la traición de su excesiva locuacidad, con frecuencia puesta en solfa.

Nadie de su casa había ido jamás a escuchar una de sus conferencias y, sin embargo, se daba por sabi-

do que el exceso verbal era una de sus cualidades. Un exceso público, fácilmente emparentable con el apesadumbrado silencio privado, lógico contraste entre la tribuna y el despacho, entre la deriva y el recogimiento.

El novelista administraba sus precariedades con poco tino, tenía clavada en el alma la indignada desazón de sus progenitores, sabía que su pasado familiar estaba plagado de deudas no rescindidas, y que todo lo que en su esfera sucediese se lo tenía bien merecido.

–La garganta te duele de tanto usarla. Nadie hace mayor desgaste de codos con la lengua. A lo mejor debes seguir recortando algo más que la barba…

Angel Ganizo concentraba lo que podríamos llamar sus malas compañías en el Café Borenes, un establecimiento que alineaba con igual determinación las penumbras horarias, y en el que no se percibía transición meteorológica del discurrir del tiempo. Uno de esos cafés que igual semejan una cueva insondable que un salón desarticulado y en el que, en cualquier caso, la sensación de que la clientela es siempre la misma y viste de igual manera, hace sospechar del maltrecho destino comercial y de la condición de refugio parasitario.

Las malas compañías del Borenes, propias de unos seres que explayaban la necesidad de su amparo y la huida mental, llenaban las mañanas del nove-

lista de un modo vicioso, hasta tal punto que después de su jubilación las echaba de menos como si de un vacío espiritual se tratase, retumbando en ese vacío el eco adictivo de las elucubraciones, requerimientos y dislates que, con tanta incidencia, lo vapuleaban o desazonaban.

En el Borenes resonaba el vicio de aquellas voces y en el eco tan difuminado en la penumbra, que luego se vertía insistente en la memoria, Angel Ganizo llegaba a reconocer con cierta mansedumbre lo que la mala compañía suscita en la convivencia: la necesidad de juntarse con otros extraviados que rompen con facilidad el tono habitual de las buenas costumbres.

En realidad, siempre pensó que en la experiencia de la vida, en el aprendizaje de la misma, tenía más débitos con los malos que con los buenos amigos, con aquellos que siempre le llevaron donde no debía ir.

El novelista trabajó buena parte de su vida profesional en Seguros Lontananza, donde durante algunos años vendió pólizas, para más tarde acceder a un cargo ejecutivo en la Dirección de la Aseguradora.

Nunca hizo el intento de profesionalizarse como escritor, aunque hubo momentos en que pudiera habérselo propuesto, pero la decisión suponía una fortaleza de ánimo que no poseía.

La literatura sostenía todas sus convicciones, pero también destilaba cierta indolencia radical, como si para él escribir fuese una pasión que convenía administrar, sin que la obsesión de la escritura marcase la única ruta de su existencia. Los seguros, como materia profesional, denotaban un curioso asidero para alguien que tenía la inseguridad como herramienta vital, como armamento de su voluntad.

En Lontananza encontró un refugio de subsistencia y aliento laboral. La jornada no era demasiado exigente, exceptuando las campañas o el barrido de morosos. La rutina tenía el aliciente de la existencia reglamentada. La reserva y la aventura estaban en la escritura, y también se prevalecía el novelista de la aureola de serlo, lo que causaba respeto y admiración entre sus no menos inseguros compañeros laborales. Por otra parte, el Café Borenes estaba en la media distancia que le permitía alejarse un poco de otros cafés profesionales e ineludibles, sobre todo de los clientes, y encontrarse con los cofrades de la divagación.

Los ecos de tantas mañanas seguían teniendo la resonancia de una auténtica conflagración, ya que en las conversaciones y diatribas ninguno de los desayunadores se andaba por las ramas.

En los desayunos del Café Borenes los cofrades se explayaban con una libertad matutina sorprendente. Entraban en materia con pocas precauciones y hasta cierta alegría, sin más consideración que la que con-

cede una amistad laboral y un paisaje donde se habla sin contención ni contemplaciones, con el ánimo espontáneo que conlleva la coartada de las opiniones, siempre menos fatuas que exageradas.

La literatura y el café con leche, en esas horas perentorias, hacen una mezcla explosiva. Las lenguas se desatan con extrema facilidad y sin el menor complejo cuando hay un pájaro desabrigado a tiro.

Al pie de la barra era cuando Angel Ganizo tenía menos ganas de mover las alas para salir volando y, en ocasiones, la olla remediaba su huida y la novela que estaba escribiendo volvía a fluir entre los personajes recuperados que, al fin, volvían a cruzar la esquina.

2

Se le iba la olla, volvía a encontrarla. Una idea que se difuminó, el familiar del que se había perdido la pista, casi siempre un tío de la rama materna que, cuando regresaba lo hacía con la cabeza gacha y la calva abultada, esa idea a cuya desaparición debía resignarse, de igual modo que lo hacía cuando, como su hijo mediano ratificaba malévolo, se le había fundido en la pantalla del ordenador lo que más le gustaba de lo que había escrito.

En el Borenes encontraba consuelo para esas contingencias que tanto le desazonaban y que no le gustaba contar a nadie. Desayunando no podía soslayar la delectación, con frecuencia maliciosa, con que escuchaba a los concurrentes, ya que entre las opiniones y los dicterios, entre la desatada libertad de quienes algunos días se comportaban como auténticos cosacos, podía relamerse ajustando alguna íntima satisfacción, complacido en lo que escuchaba y jamás confesaría.

También era frecuente, y no ajeno a las zozobras de alguna decisión que debía tomar en la escritura de la novela, que un doloroso punto lumbálgico aguijonease su espalda. Y solía sucederle que algunos casuales padecimientos físicos que aquejaban a sus personajes tuvieran una incierta transferencia, que Angel Ganizo asumía como una responsabilidad moral de su condición de narrador, sin que jamás se le ocurriera incrementar el gasto farmacéutico doméstico. Esas inciertas transferencias las sobrellevaba sin más alivio que la confianza en el resultado curativo de la narración.

La circunstancia de su naturaleza enfermiza pertenecía, en buena medida, también a la ficción. Le gustaba la figuración y el destino del enfermo imaginario, proclamar las dolencias como atributos de una fragilidad necesitada de atención y ayuda. La familia estaba hasta el gorro de aquella rutina que reconducía la enfermedad al aspaviento y que con frecuencia quedaba desenmascarada ante la propuesta de un remedio tajante.

–Habrá que rajarte –decía el hijo que mejor movía los dedos, simulando unas tijeras que apuntaban al bajo vientre.

–El abuelo tiene una pupa en la barriga –indicaba el nieto, que observaba al abuelo como a un bicho medroso que asomaba bajo las sábanas la cabeza en la cueva.

–Soy un ser desahuciado –recalcaba entonces el novelista, con la voz desvaída del personaje que cayó en desgracia–. Estoy delicado, estoy en las últimas, lo que me duele es el duodeno y el desarraigo, hijos y nietos sin solución de continuidad…

Había comenzado a soñar más de la cuenta desde que cumplió los sesenta años, y muchos de sus sueños albergaban los fantasmas de la edad, que su padre le había predicho.

En el más reincidente de todos se examinaba una vez más de Derecho Civil con el catedrático Federico de Castro y Bravo y, con terrible angustia, reconocía el vacío impoluto de la memoria, mientras el catedrático le miraba tan indignado como amenazador y golpeaba la mesa prometiéndole el Baldón de la Jurispericia, al tiempo que la mano temblorosa del alumno mudo y repetidor dejaba caer al suelo infinitas *centraminas*.

A don Federico, fallecido años atrás, lo veía a veces al doblar una esquina, y siempre le venía a la cabeza la idea de que podía ser uno de sus personajes, el más vengativo o el más desalmado, el menos piadoso y aborrecible.

Los malos sueños siempre tenían como materia los exámenes de su penoso pasado de mal estudiante. Las materias jurídicas formaban un manantial oníri-

co que vertía la frialdad sobre la ignorancia absoluta de su cuerpo desnudo. Todo eran débitos de una sabiduría ciega. Débitos y temblores. También un sudor pastoso lleno de conceptos incomprensibles y de definiciones inabarcables. Nunca encontró un catedrático samaritano que con el pañuelo le limpiara la frente y le hiciera recobrarse de aquella imputación de Baldón de la Jurispericia.

Angel Ganizo sabía que el gran favor de la literatura no era otro que el de haberle posibilitado la fuga de aquellas ignominias derivadas de los incontables mamotretos que tanto pesaban en su conciencia. Los mamotretos jurídicos que todavía en los sueños susurraban insidiosos la culpa y el dolo…

Siempre necesitaba conjurar las dolencias que inquietaban su espíritu; el desconcierto de una vida pública llena de contradicciones, en la que el pensamiento teórico, que no menos teóricamente avalaba su obra, se iba derritiendo muy paralelo al aburrimiento de sus intervenciones, la imagen del literato que enmascaraba la abulia en sus conferencias.

Se trataba de una enfermedad, acaso literaria pero enfermedad a fin de cuentas, que había contraído en los sucesivos viajes, en las diversas tribunas: una enfermedad que auspiciaba un irremediable desgaste, y que nada tenía que ver con las lumbalgias o el duodeno averiado.

La enfermedad la había pillado por esos derroteros, en cualquier universidad o casa de cultura o en un casino o en una biblioteca, y podía corresponderse muy bien con el contagio del Café Borenes, aunque ese contagio resultaba menos pesaroso y hasta más gratificante.

En los desayunos, cuando menos se esperaba, surgía alguna consideración infecciosa. El novelista sacaba con frecuencia el pañuelo, se sonaba de forma sonora. La infección no alertaba, no daba ninguna señal previa, pero percibía indefenso el vuelo de un inviable pensamiento patógeno.

Las voces de los amigos del Borenes subsistían en la memoria de Angel Ganizo con vivacidad, y no resultaba difícil recrear la propia atmósfera de sus intervenciones, el perfil que amparaba las palabras y los pensamientos, cierta melancolía en el recuerdo de aquellos compadres a quienes el tiempo había contribuido a transformar de personas en personajes.

En realidad, ésa era una de las notas cruciales en la experiencia vital del narrador: la metamorfosis de lo real en imaginario, lo que la memoria tamizaba como una lluvia fina que hacía de los recuerdos ficciones. La edad como un cumplimiento de la irrealidad. Los fantasmas del tiempo que se cumple como acicates de un sonambulismo, que fue asumiendo con parecida dedicación en el decurso de las novelas y de la vida. La vida como novela y la ficción como

vida, hasta el punto de que en la pasión de escribir ya no quedasen otras reservas para vivir que las derivadas de esa pasión.

La edad está reñida con la eternidad, había dicho hacía muchos años un personaje de una de sus primeras novelas, pero la ficción era sin duda alimento de esa eternidad imposible, y el ahora avejentado novelista degustaba la satisfacción de que el tiempo no le perjudicase, aunque la salud lo llamara al orden.

Los tiempos que corrían, en los albores de un nuevo siglo, cuando ya el Borenes apenas subsistiría anclado en el anterior, con reformas y ofertas hosteleras de modernidad dudosa, ya no alteraban demasiado a Angel Ganizo, inmerso en el recuelo de aquella experiencia de lo imaginario, de la que tanto habló, pues su condición de escritor prolífico seguía patente y la experiencia no parecía correr el riesgo de extinguirse.

Seguía escribiendo todas las mañanas, y en su despacho se acumulaban los puntuales cuadernos en los que crecían las notas de sus historias: un cuaderno para cada ocurrencia, la bitácora de la incipiente navegación y de todo lo que después sucediera hasta el desembarque.

Ahora tenía la sensación de vivir en una realidad desacreditada, lo que a veces le llevaba al recuerdo de otros descréditos expuestos por los desayunadores; una realidad abatida por la proliferación de unos desmedidos medios de comunicación contaminantes donde, como en casi todas la vertientes de la administración de la misma, sobre todo las políticas, había más espontáneos que profesionales.

Pero la realidad se desacredita, antes que por cualquier otra cosa, porque cada vez dudamos o sabemos menos lo que es. Esa desacreditación, de la que Angel Ganizo tenía las sensaciones de una degradación, introducía la variante del engaño que la hacía más sospechosa y, sin duda, más débil.

Si el poder, que en la cabeza del novelista era algo así como la contrapartida de una ficción liberadora, expandía el aceite pastoso y fantasmal que podía colarse por debajo de cualquier puerta, era irremediable que con todos los ardides disponibles contribuyese a borrar la realidad, o a hacerla más opaca. Un mundo menos real podía llegar a ser más manipulable, más propicio a ser secuestrado de las manos ilusas de sus habitantes.

Alguna vez, no demasiadas, hasta presintió escribiendo la novela un ingenuo pálpito testamentario, no emparentado con la muerte sino con la desapari-

ción, que era un asunto que siempre le había interesado mucho, como narrador y padre de personajes que sumaban a las pérdidas las perdiciones, y que siempre eran proclives a sentir la soledad y el desamparo de encontrarse perdidos.

El novelista seguía perdido en su sonambulismo, y esa perdición sonámbula iba a ser la materia de una próxima novela.